

bió hablase á nádie de la presencia de Baruch allí, y le mandó que se marchara, porque no le necesitaba. Cogió la llave y la linterna, y abrió él mismo la torre misteriosa. La pálida luz de la linterna iluminó imperfectamente los muros ennegrecidos y los bancos de madera, colocados alrededor; en el centro había una especie de agujero tapado, en forma de pozo: era el baño. Murmuró el rabino por lo bajo una oracion, y se desnudó, observando fielmente las prescripciones del «Libro del pudor». Sin despojarse del todo de sus vestidos, cogió la linterna y bajó rápidamente las treinta escaleras de piedra que había para llegar al nivel del agua: «De las profundidades del abismo clamo al Señor; me oye de léjos el Señor mi Dios», gritó con toda su fuerza; y su voz resonó lúgubrementemente en aquel estrecho recinto. Despues se echó al agua. Baruch, siguiendo las instrucciones recibidas, se colocó á la orilla y gritaba «Puro» siempre que veía aparecer la cabeza del rabino, lo cual aconteció nueve veces. Cuando salió el rabino, entregó á Baruch un libro para que leyera una oracion; se corría peligro de muerte pronunciando con los labios los nombres de los ángeles allí escritos; era indispensable nombrarlos sólo mentalmente. Baruch tembló cuando le correspondió bajar á aquel oscuro precipicio; pero se rehizo y se arrojó resueltamente al agua: el rabino hizo lo mismo que él había hecho ántes, nombrando nueve veces la palabra purificacion á la boca del pozo.

Abandonaron el baño sin decir una palabra. Cuando estuvieron en la calle, el rabino dijo la oracion prescrita: «Te doy gracias, Rey vivo y eterno, por